



Plaza Mayor de Cáceres /EL CONFIDENCIAL

XVII PREMIO INTERNACIONAL DE PERIODISMO CIUDAD DE CÁCERES

# CÁCERES EN VERANO, UNA COMBUSTIÓN IRRESISTIBLE

Rubén Amón

Cuando el sol se ensaña, la ciudad se desnuda de turismo y se viste de verdad,  
proponiendo una visita extrema y fascinante que incita las alucinaciones

# CÁCERES EN VERANO, UNA COMBUSTIÓN IRRESISTIBLE

Rubén Amón

*Cuando el sol se ensaña, la ciudad se desnuda de turismo y se viste de verdad,  
proponiendo una visita extrema y fascinante que incita las alucinaciones*

El morantismo es una religión exigente. Pone a prueba la sensibilidad y el dogmatismo. Pone a prueba la autoestima. Y pone a prueba el aire acondicionado del coche, aunque el peregrinaje estival en la inercia virtuosa de Morante también proporciona accidentes dichosos y extemporáneos en la margen de los ruedos. Encontrarse con Cáceres en julio, por ejemplo. Que es imaginarse de lejos el fuego de la Inquisición.

Hay ciudades que arden. Otras que hierven. Cáceres, en verano, no hace ni lo uno ni lo otro. Cáceres se calcina. Y lo hace con la dignidad de quien refuta la clemencia o el movimiento hipnótico del ventilador. Se entrega al sol como los penitentes a la disciplina, como Morante a la Verónica, como los santos a la hoguera. No se queja. No transpira. No improvisa toldos de colores ni cambia las esencias para seducir al viajero. Cáceres arde en silencio.

Uno llega a Cáceres en la quiebra solar del horizonte y se siente parte de un delirio. No el delirio tropical de la costa ni el estruendo acuático de los chiringuitos, sino el delirio seco de los pueblos que han aprendido a convivir con la canícula sin perder la compostura. La ciudad no implora sombra: la inventa. La encuentra en los patios mudéjares, en las arcadas de la Plaza Mayor, en las tripas frescas de los palacios señoriales que ahora albergan museos, archivos o burocracias silentes.

Y no hay en su estío una pretensión suicida. Cáceres no quiere castigarte. Sólo quiere que camines más despacio. Que mires más alto. Que entiendas que el calor no es enemigo, sino lazarillo. Sólo —y solo— a 40 grados bajo el sol se percibe la verdad de sus piedras. Sólo entonces se activa el conjuro. La piedra berroqueña se vuelve espejo. Y lo que refleja no eres tú, turista con sandalias técnicas y riñonera fluorescente, sino el eco del medievo, la sombra de los cruzados, la mirada altiva de los linajes, el rostro severo de San Pedro de Alcántara con los brazos cruzados sobre el pecho.

La ciudad monumental no es un decorado. Es un fósil reanimado. Un reptil dormido que abre los ojos cuando te atreves a recorrerla a las cuatro de la tarde, en el punto extremo de la insensatez. Porque sólo un loco —o un converso— atraviesa la Cuesta de la Compañía bajo el fuego cenital. Y sin embargo, hacerlo es entender que Cáceres no se disfruta: se sobrevive. Que no se visita: se afronta. Que no se fotografía: se interioriza.

Desde la torre de Bujaco —la vigía mora que domina la Plaza Mayor— puede contemplarse un mundo que no ha sucumbido al plástico ni al marketing. El Foro de los Balbos no es una postal para influencers. Es un vestigio romano que sigue ahí no porque lo hayan conservado con escrúpulo patrimonial, sino porque nadie se atrevió a tocarlo. Las ciudades modernas levantan ruinas falsas. Cáceres levanta verdades antiguas.

Serpentean a fuego lento las callejuelas que conducen al barrio de San Jorge, con sus cuevas imposibles y sus puertas secretas, con sus rincones donde el calor no entra porque lo protege la memoria. Cáceres en verano es una paradoja. Porque cuanto más insoportable parece, más te obliga a entenderla. Y sólo los iniciados, los valientes, los morantistas o los poetas se verso alado —mi amigo AHH— comprenden que hay una belleza sacrificial en dejarse abrasar por su historia.

Los monumentos cacereños no claman protagonismo. Están ahí, al borde de una esquina, al final de un callejón, subordinando la magnificencia a la presencia. La Concatedral de Santa María no compite con el barroquismo de otras catedrales. Se impone por su severidad. Por ese gótico sobrio que es más castigo que promesa. Y, sin embargo, entras y la encuentras fresca como una parábola de Cristo. No sólo por su piedra, sino por su vocación de refugio. Cáceres protege. Y lo hace sin caricias, pero con indulgencia plenaria al desaliento del peregrino exhausto. Dios da beber al sediento y ofrece una sombrilla al pecador.

Cáceres se resiste al maquillaje. No vende experiencias: ofrece realidad. No propone rutas digitales con QR y hologramas. Propone caminar. Y perderse. Y sudar. El turista que llega buscando comodidades se merece el castigo de la frustración. El que busca autenticidad, encontrará la liturgia en cada requiebro.

Y resulta providencial —o al menos congruente— que el centro histórico haya sido amputado del tráfico rodado. No por un arrebato ecologista ni por la dictadura del urbanismo verde, sino por una restitución de la ciudad a sus verdaderos propietarios: los viandantes, los flâneurs, los penitentes.

Cáceres ha recuperado el silencio mineral de sus calles sin coches. Ha devuelto el eco de las pisadas al empedrado. Y ha convertido el paseo en una forma de oración laica. No se trata ya de avanzar, sino de permanecer. De vagar sin destino. De merecer el privilegio de perderse sin terminar atropellado por la proa de un Tesla desorientado.

Tiene sentido atardecer en el Santuario de la Virgen de la Montaña, observar la ciudad como quien pretende conquistarla con la vista. El perfil en piedra de Cáceres recortado sobre la planicie extremeña parece un espejismo. Y un ejercicio de promiscuidad que sabe a tierra, a encina, a jamón colgado, a vino tinto servido sin pretensiones.

El verano en Cáceres es una prueba y una recompensa. Es la estación del año que descubre a la ciudad más genuina. Más seca. Más austera. Más silenciosa. Es cuando sus piedras brillan con un tono ámbar inverosímil al desmoronarse el sol, cuando las cigüeñas se vuelven oráculos, cuando las iglesias respiran hondo y los palacios bostezan.

Cáceres no es una ciudad de paso. Es una ciudad de pausa. De recogimiento. De revelación. Quien viene a Cáceres en verano y la entiende, no volverá a mirar igual una ciudad. El turismo no consiste en amontonar lugares, sino en poseerlos espiritualmente. Y Cáceres no se visita, más bien se hereda. Hay que merecerla, merecérsela.

La penitencia de la solanera adquiere entonces todo sentido de una iniciación y la sobrexposición de todos los sentidos. Acaricia de noche la lumbre de los faroles. Y la ciudad se transforma en un enigma que conviene escrutar sin pretensiones. Subí a la Torre de los Pozos con un grupo de guiris que hacía visita guiada a la luz de las velas y juraría que, entre tanta piedra y tanto cuento, alguien me tocó el hombro. Quizá fue un guía. Quizá un espectro.

Se diría que Cáceres entra en un estado hipnótico al compás hondo de la medianoche. Las tabernas han bajado la voz. Las terrazas se han vaciado. Y la ciudad se recoge como una dama antigua. Sin alarde. Sin impostura. O con la belleza de las mujeres que se despeinan a posta.

El turista frívolo no resiste la prueba. Huye. Se refugia en el hotel con aire acondicionado. Y la ciudad, agradecida, se queda con los fieles. Aquellos que saben que hay que esperar a que el sol caiga para que Cáceres se levante. Morante, claro, nos ha enseñado que la luz viene y proviene de la oscuridad.

